

Una aguda revisión de la historiografía conservadora ecuatoriana

A critical review of conservative writing of Ecuadorian history

Uma revisão crítica da historiografia conservadora equatoriana

Hernán Ibarra

Universidad Central del Ecuador (UCE)

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i49.742>

El culto a la nación. Escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador, 1870-1950 de Guillermo Bustos (2017) debe ser valorado por los argumentos, problemas y preguntas que propone. Se advierte una construcción historiográfica situada en un esfuerzo por relacionar elaboraciones teóricas con fuentes pertinentes. Pienso que marcará un hito en el conocimiento de la historiografía conservadora puesto que el período elegido entre el último tercio del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX incluye una revisión de autores, textos y fundamentalmente su relación con los procesos constitutivos de la nación y el nacionalismo.

La referencia que hace Guillermo Bustos a *Las convenciones contra la cultura* de Germán Colmenares (1987) es el hilo conductor, especialmente en la primera parte. Colmenares llamó la atención sobre la necesidad de estudiar la historiografía latinoamericana del siglo XIX buscando su propia lógica como construcciones narrativas para lo que eligió una muestra de autores representativos. Propuso evitar una lectura de esos historiadores del siglo XIX con argumentos políticos e ideológicos que trasladan razonamientos disciplinarios de la historiografía contemporánea. Lo medular era entender las ideas de civilización y barbarie como una antinomia constitutiva de las interpretaciones del pasado construidas en el siglo XIX. En un enfoque algo diferente sobre la cultura política del siglo XX, Richard Morse planteó esta problemática en *El espejo de Próspero* (1982).

Aunque no se detiene demasiado en las discusiones sobre el nacionalismo que promovieron las obras de Eric Hobsbawm y Benedict Anderson,

se debe insistir en que para estos dos autores la nación y el nacionalismo se construyeron sobre todo desde arriba. También hay una visión selectiva de las construcciones historiográficas sobre la nación –especialmente de aquellas provenientes de los enfoques poscoloniales– que permiten situar el objeto del texto. Entre los autores que sustentan la reflexión teórica se encuentran de Certeau, Foucault, Nora, Koselleck y Jelín. Anoto que *La escritura de la historia* de Michel de Certeau cumple un papel articulador en lo relativo a las consideraciones epistemológicas sobre las condiciones de la práctica historiográfica.

El objeto del texto se refiere a la manera en se produjo un discurso historiográfico que fundamentó el hispanismo como una base cultural de la nación. Más ampliamente se trata de cómo se produjo una construcción cultural conservadora que alcanzó un sitio predominante. Es necesario mencionar dos antecedentes sobre el tratamiento de la nación: la compilación de Blanca Muratorio, *Imágenes e imagineros* (1994) sobre los imaginarios de la nación construidos en los siglos XIX y XX y el libro de Mercedes Prieto, *El liberalismo del temor* (2004), que revisó exhaustivamente los discursos liberales sobre el indio y la nación en la primera mitad del siglo XX. Estos textos que abrieron nuevas perspectivas de investigación son mencionados y discutidos por Bustos.

Las consideraciones propuestas por Bustos sobre las obras de Pedro Fermín Cevallos y González Suárez son muy reveladoras de la construcción de metarrelatos sobre la nación. En el caso de Pedro Fermín Cevallos con su visión del pasado colonial y los procesos de independencia, mientras que González Suárez realizó una narración centrada en la época colonial.

En la gestación del hispanismo como una clave de lectura de la historia ecuatoriana ocupó un lugar central la Academia Nacional de Historia –fundada en 1920– como una institución que, originalmente alentada por González Suárez, alimentó y fundamentó el discurso conservador sobre la nación. Después de todo, resulta que Jacinto Jijón y Caamaño es la figura dominante en la construcción del hispanismo, un personaje de las élites aristocráticas que combinó la figura del intelectual y el político. El análisis que provee Bustos sobre Jijón y Caamaño permite entender sus investigaciones arqueológicas e históricas como una dimensión del intelectual y, por otra parte, su intervención política destinada a promover la política conservadora. La revisión de su trayectoria puede considerarse como una demolición amigable del intelectual aristócrata.

Es muy interesante como está expuesta la coyuntura de 1934 cuando el hispanismo dominante se ve confrontado con la memoria disidente de la muerte de Atahualpa y la irrupción de la cuestión social. Así mismo, es muy sugerente como está planteado el asunto del archivo colonial. En efecto, el

archivo no es solo un repositorio documental, sino un lugar de configuración de clasificaciones, taxonomías y redes textuales.

Tengo algunas observaciones que surgen de la lectura del libro. En uno de los volúmenes de la obra de Pedro Fermín Cevallos hay una sección dedicada a una descripción de la cultura indígena que hubiera sido provechoso utilizarla. Así mismo, debemos recordar que González Suárez fue el primer compilador de la obra de Eugenio Espejo que redescubrió al personaje para situarlo entre las figuras precursoras de la independencia.

Un tema que queda abierto es la indagación sobre los intelectuales como categoría. ¿Qué implicaba el estatuto de intelectual en la primera mitad del siglo XX? Se trata de la existencia de un campo intelectual en el que figuras como Jijón y Caamaño y Carlos Manuel Larrea reúnen atributos de poder social y cultural tal como han sido descritos por Gramsci en sus apreciaciones sobre los intelectuales *junker* de Alemania.

¿Cómo proseguir en el estudio de la relación entre nación, nacionalismo y política? Después de 1930 emergen discursos nacionalistas del más diverso signo, aunque unificados con la problemática del antagonismo territorial con Perú. Situándome en el momento final del libro de Bustos, menciono textos en la vertiente liberal y progresista de la nación, tales como *Atahuallpa* (1934) y *Cartas al Ecuador* (1943) de Benjamín Carrión; y *Ecuador. Drama y paradoja* (1950) de Leopoldo Benites Vinuesa. El conocimiento de cómo la historiografía conservadora y liberal se diseminó en el sistema escolar es un tema que surge como una gran interrogación.

Se abre la necesidad de evaluar con mayor amplitud la historia de Juan de Velasco, sus adherentes y detractores a lo largo del siglo XX. Los adherentes han abarcado todo el espectro ideológico y los detractores han provenido más de la etnohistoria y la historia social.

A pesar del cuidado que tiene Guillermo Bustos en el manejo de fuentes secundarias, menciono dos omisiones: un artículo de Carlos Arcos dedicado a las ideologías terratenientes en las primeras décadas del siglo XX y otro artículo de Erika Silva relativo al hispanismo literario. Estas referencias podían haber permitido una ampliación de la argumentación hacia otros aspectos discursivos.

Finalmente, la cuestión de la modernidad y el progreso se presenta como una problemática que, si bien aparece tangencialmente, abre la posibilidad de pensar estas categorías como ideas que manejaban tanto liberales como conservadores e izquierda.